

La degeneración de las costumbres cristianas tradicionales en *La Celestina*, de Fernando de Rojas

ELTON EMANUEL BRITO CAVALCANTE

Profesor de Gramática Española y Latín de la Universidad Federal de Rondônia
E-mail: elton400@hotmail.com



Resumen: Este artículo trata de la forma como las costumbres sociales tradicionales, sobre todo las cristianas, se resquebrajan en la tragicomedia *Celestina*. Se demuestra que la lectura actual pone a Celestina como una heroína, con lo que le merman sus acciones pervertidas, poniéndolas como efectos de una sociedad injusta, no más. Así, se distorsionan las intenciones originales de Rojas, quien dibuja a Celestina como una caricatura, lo que tendría como fin desvelar las consecuencias nefastas de quienes viven como ella. Este trabajo, por lo tanto, busca rescatar la interpretación más cerca de los objetivos de dicho autor.

Palabras-clave: Celestina. Vicios. Costumbres.

Resumo: Este artigo trata da maneira como os costumes sociais tradicionais, sobretudo os cristãos, estão quebrados na tragicomédia *Celestina*. É mostrado que a leitura atual coloca Celestina como uma heroína, com a qual suas ações pervertidas a diminuem, colocando-as como efeitos de uma sociedade injusta, não mais. Assim, as intenções originais de Rojas, que desenha Celestina como uma caricatura, são distorcidas, com o objetivo de desvendar as consequências nefastas daqueles que vivem como ela. Este trabalho, portanto, busca resgatar a interpretação mais próxima dos objetivos do autor.

Palabras-chave: Celestina. Vícios. Costumes.

1 Introducción

La *Celestina* es una tragicomedia de fines del siglo XV escrita por Fernando de Rojas y que tiene como meta “avisar a los enamorados de los peligros del amor mundano” (Díaz-Plaja, 1965, p.117). A la pieza, según Lapesa (1980), confluyen la tendencia humanística, que valorizaba tanto lo clásico como el saber popular, y la herencia medieval, afincada a los valores judaico-cristianos, en una amalgama indisoluble. Posee un argumento engañosamente sencillo: el romance de una pareja veinteañera, Calisto y Melibea, y sus infortunios: “Entrando Calisto en una huerta en seguimiento de un halcón suyo, halló allí a Melibea, de cuyo amor preso, le comenzó a hablar. De la cual rigurosamente despedido fue para su casa muy angustiado. Habló con un criado suyo llamado Sempronio, el cual después de muchas razones le enderezó a una vieja llamada Celestina, en cuya casa tenía el mismo criado una enamorada llamada

Elicia” (ROJAS, 2007, p. 10). Celestina es una alcahueta anciana, ex prostituta, hechicera, que se usa de subterfugios, incluso pactando con el diablo, quien le enseña pócimas, para dominar las personas. Sempronio, por su turno, es uno de los criados, que, muy pronto, advierte la posibilidad de una ganancia respecto de la repentina pasión de su patrón. Sin embargo, observa que el otro paje, Pármeno, intenta ser justo y ayudar a su amo. Pero en poco tiempo Sempronio logra, en acuerdo con la anciana, convencerlo a participar del golpe.

Celestina consigue que Melibea se encuentre a escondidas con Calisto, quien, agradecido, le da de regalo a la vieja una cadena de oro. Con todo, ésta, codiciosa, no quiso repartir los dividendos con los otros dos socios, quienes enojados la matan a cuchilladas. En un santiamén, son capturados y ajusticiados en plaza pública. Calisto, pese al deshonor de saber que sus criados están involucrados en tal lío, no alcanza más que seguir el ardor fulminante por su amada. Por la noche, después de haber estado con ella, desciende por una escalera improvisada, de la cual se resbala y cae, lo que le hace romper el cuello. Melibea, al reparar en la prematura muerte, y angustiada por la pasión que le devora el pecho, resuelve suicidarse. Sube a la azotea de su casa y, antes de lanzarse, hace un discurso a sus afligidos padres, contándoles el motivo de su desgracia y muerte. Aquellos, delante del cuerpo tendido y sin vida de su hija, sin saber qué hacer, se quedan en total desesperación.

La obra preuncia al *Romeo y Julieta* de Shakespeare, y al igual que este, Rojas va más allá de su tiempo y logra un profundo estudio psicológico y social de su período. Es verdad que cada época los comentaristas la ven de una forma acuerde a los intereses de la generación vigente. Esa parcialidad llevó Menéndez Pelayo (1958, p. 30) a decir que “La crítica nada tiene de ciencia exacta, y siempre tendrá mucho de impresión personal.” De hecho, toda crítica es una interpretación que parte de supuestos, ideologías, gustos y enojos. Por más agudo que sea el crítico, debido a la limitada capacidad humana, le es difícil concatenar su opinión sobre el objeto de análisis con todas las perspectivas distintas de la suya, la que le hizo persona, ser existente: no hay como aislar el hombre de lo que le ha formado. El hombre natural no es fruto de la historia ni de las convenciones, pero el social, sí, lo es, por lo que sus ideologías se componen en intrincado y sensible tejido que le impiden la imparcialidad total, de ahí que la neutralidad absoluta quizá sea una quimera, al menos para los humanos. Por ello, un crítico, al igual que el historiador, quizá debería indagarse a sí mismo antes de historiar: “¿Por qué pienso de esta forma, qué fuerzas o circunstancias moldaron mi carácter y manera de pensar?”-son las preguntas que debería hacerse a menudo. A lo mejor así el concepto de *verdad histórica* se quedaría más cerca de lo de *realidad*. Ambos son muy diferentes, puesto que la *verdad histórica*, afirman algunos, es un relato contado por alguien que tiene intereses declarados o tácitos en que los demás comprendan las cosas de esta forma y no de otra; en tanto, la *realidad* constaría de la esencia por detrás de los fenómenos, la cual, según los relativistas y céticos acuerdes con Protágoras¹, por ejemplo, sería imposible

¹ Según Divenosa (2012. P. 64), la “interpretación del relativismo de Protágoras comprende que, en sus líneas generales, se trata pensar al hombre inserto en una doble dimensión: una diacrónica, que toma en cuenta la historia de cada individuo, un cúmulo de experiencias linealmente distribuidas desde su nacimiento hasta su muerte; y una dimensión sincrónica, en la que este hombre toma contacto con un complejo ámbito externo a él, a partir del cual, a cada momento, es capaz de seleccionar ciertas determinaciones que forman parte de su

alcanzarla. Por consiguiente, como lo querían los sofistas, la verdad estaría tan solo en el discurso, y no en las cosas en sí mismas. Hay autores que en el ansia de defender sus opiniones llegan al punto de alterar incluso documentos históricos para que los hechos se encuadren a lo que les gustaría fuese la verdad. Así, más que una interpretación, lo que hay ahí es una violación. Es verdad, por otro lado, que un texto, clásico o no, a veces cambia no porque se le alteraron las palabras o las intenciones de su autor, sino los deseos de la generación que lo lee. Así, en cada época hay ideologías que imponen y permiten ciertas interpretaciones y excluyen otras.

Sin embargo, contemporáneamente hay por lo general dos grandes bloques de exégesis sobre las obras literarias: el determinista-marxista y el según el libre albedrío cristiano, a veces ambos mezclándose entre sí. Para el primero, existe una guerra explícita o tácita entre las clases sociales; así, las élites para mantenerse en el poder harían planes que impedirían el ascenso de los obreros; en consecuencia, los pobres, para sobrevivir, se verían obligados a cometer infracciones nocivas al sistema. En este sentido, las actitudes escandalosas de *Celestina* se justificarían por su pobreza y mala educación. Esta no parece ser la visión defendida por Rojas, quien, aunque fue un humanista, se utilizó de las herramientas del humanismo-renacimiento para criticar las consecuencias negativas del materialismo y además parece haber atacado categóricamente la forma como la sociedad española se estaba desarrollando hacia la pérdida total de los logros adquiridos por la tradición judaico-cristiana. Así, para él, pese al contexto cristiano, los personajes de *La Celestina* son tan paganos como cualesquiera del periodo antiguo. Rojas los dibuja con un naturalismo salvaje y, aplastador, enseña los peligros de una vida dedicada a tan solo saciar los gustos carnales, pero no parece defender que las personas esté sin el libre albedrío. No obstante, para los deterministas, el medio social influencia a los hombres, y la interrelación entre los personajes de *La Celestina*, sus pecados y errores, no representa una crítica contumaz a la sociedad moldada por los valores humanistas, renacentistas y liberales, sino más bien el resultado de un conflicto de clases. De esta forma, se justifican los hechos de los personajes que viven bajo el manto de la pobreza económica: si rufianes, ladrones, truhanes, pícaros, etc. hacen bajezas, estas tendrían como origen la codicia de los acomodados, quienes secretamente pactarían para mantener la mayoría en la miseria. Por supuesto que hay un claro ambiente de pobreza, miseria e insalubridad en la susodicha pieza, lo que de hecho podría explicar algunas actitudes de *Celestina* y de los demás personajes. Ahora bien, es cierto también que los protagonistas, los jóvenes enamorados, pertenecen a las clases más acomodadas, pero ni por eso dejan de cometer graves errores contra el hombre y Dios. La corriente determinista asocia ciertos tipos de crímenes y pecados a la pobreza y excluye casi completamente lo inherente a la naturaleza humana. El concepto de pecado y la noción religiosa que a él subyace quedan como cosa de poca monta. Así, bastaría con una educación formal, buenas escuelas, universidades para todos y distribución equitativa de la renta para que el vicio y crímenes se acabasen. La educación formal es importante, pero tal vez no sea suficiente, puesto que muchos crímenes y vicios son cometidos por

mundo, así humanizado. Los demás hombres, también parte de este mundo antropológicamente determinado de manera dinámica, completan su propia concepción en el mismo gesto de completar la de la realidad. Fluctuante, dinámico, cambiante, tanto el hombre como su mundo se redefinen de manera constante e instantánea”.

gente graduada, de ejemplar formación académica. El concepto de “vicio”, por lo tanto, en *La Celestina*, a lo mejor no sea inherente apenas a la cuestión económica, aunque esta ayude a explicar muchos hechos, porque el pobre o sojuzgado no pierde su capacidad de libre albedrío a raíz de su situación económica, por esta razón Rojas parece atribuir el vicio a cualquiera, independientemente de su rango social: todos los personajes, más algunos, menos otros, desvelan un grado de corrupción moral que lleva uno a advertir que la causa de ésta quizá no esté en las cuestiones meramente materiales, sino espirituales.

De ahí se llega a la otra visión: la religiosa. Su autor era judío convertido, viviendo en una sociedad que, bajo la fe católica, perseguía, exilaba o mataba a los que no poseían el mismo credo (SILIO, 1969, p. 230). Por lo tanto, Rojas desmenuza una colectividad que, aunque pujante económicamente gracias al renacimiento comercial y a la expansión territorial y, sobre todo, bajo el manto profundo del catolicismo, dejó atrás los valores tradicionales del cristianismo primitivo, que preconizaba la paz, camaradería y solidaridad. En el fondo, Rojas parecería a un humanista reprochando los excesos del materialismo a sus paisanos y criticando al libre pensamiento del periodo que proclamaba el amor carnal y el individualismo por encima del ascetismo religioso, combatiendo, de este modo, a quienes, para fundamentar la libertad total, se volvían a los griegos y romanos antiguos, pero no a los sabios moralistas de antaño, sino a los que incentivaban una forma de vivir considerada pernicioso. Por esta lógica, por consiguiente, mucho de las ideas humanistas ayudarían a fomentar la lujuria, el culto al vino, la usura, la idolatría y el prejuicio religioso y étnico.

La perspectiva adoptada en este artículo rechaza el determinismo histórico-social en el cual a los personajes se les quita el libre albedrío, aunque, paradójicamente, acepte mucho de las nociones de predestinación pregonadas desde Calvino. Si *Celestina* viviera en un ambiente de riqueza quizá sus bajezas serían menores, pero queda la duda si su maldad y gusto por los padecimientos ajenos acabarían tan solo por pertenecer a la élite económica. Así que la tesis aquí defendida es sencilla: Rojas en *La Celestina* simplemente combatió el libertinaje moral impregnado en una sociedad que, aunque autodenominada creyente cristiana, actuaba de la misma forma que las paganas donde los vicios y malacostumbres eran la norma. Es decir, aunque él mismo fuera un renacentista en busca de libertad, se percató que de esta al libertinaje y vicios sociales es un paso muy corto, por lo que busca un término medio entre los valores humanistas-renacentistas y los del cristianismo verdadero.

2 El contexto cultural a la época de La Celestina

El siglo XV, en el que fue publicado la *Celestina*, el Humanismo-renacimiento se esparcía rápidamente por Europa, lo que por un lado trajo al hombre más libertad, por otro le permitió volver también al libertinaje a menudo aceptado en mundo greco-romano. Sin embargo, el cristianismo, en algunas circunstancias, anduvo de la mano con ciertas ideas paganas, mayormente en la literatura; es el caso de la Inglaterra del siglo VI, por ejemplo, pues allí la forma como los sacerdotes católicos se utilizaron para evangelizar a los anglos y sajones fue a través de la estructura narrativa de tales pueblos,

cuyos mitos remontaban a la tradición escandinava. Por lo tanto, el cristianismo no siempre llegó a los paganos de forma abrupta. Con todo, es indudable la degeneración de la Iglesia cuando esta pasó a mezclar asuntos religiosos con política. Por esta razón, mientras una parte del clero difundía apasionadamente las ideas de Jesús, otra se inmiscuía en asuntos terrenales de forma vergonzosa. En consecuencia, a lo largo de la alta Edad Media, se puede decir haber existido dos bloques de pensamientos dentro de tal institución: uno que anhelaba mantenerse fiel a las palabras de Jesús, buscándose atraer a la gente por el convencimiento y no por la violencia; y otro inmiscuido en los problemas mundanos, preocupado en tornar la iglesia un imperio como otro cualquiera. El segundo grupo salió vencedor y obligó al otro a callarse, incluso matando a personas que pregonaban que las políticas religiosas de ese entonces se estaban alejando de lo dicho en las Sagradas Escrituras.

El descontentamiento, no obstante, se mantuvo latente, y a partir del siglo XI tuvo oportunidad de salir de las sombras. En tal época se iniciaron las Cruzadas, por medio de las cuales el europeo pudo ver el resplandor de los imperios de Oriente Próximo, lo que ayudó a diseminar una mentalidad que pronto se enfrentaría al absolutismo católico. Se comenzó asimismo a anhelarse una característica de algunos pueblos de Oriente Medio: el hecho de buscar universalizarse la enseñanza de la lectura para que las personas por sí mismas accedieran a los libros sagrados. Además, las guerras contra los musulmanes, pese a la destrucción, reencendió la necesidad de materias primas para el ejército, alimentación de las tropas, infraestructuras complejas que sin el movimiento comercial no se darían. Por lo que los hasta entonces criticados mercados comercial y financiero recrudescieron para garantizar la logística a los reyes y generales que iban a los campos de batalla.

Los mercaderes, desde un principio, deseaban sólo libertad para sus transacciones económicas. Pero lograda aquella, a las demás fue un paso inexorable. Así, entre las capas medianas florecieron, por ejemplo, las famosas *logias masones*, las cuales se organizaban en un tipo de sindicato que, aunque teóricamente servían para proteger sus integrantes de las competencias comerciales, también eran el nacedero de doctrinas contrarias a las premisas feudales. Junto a eso, influenciadas por los relatos de lujo oriundos del mundo oriental, las clases más acomodadas comenzaron a sentirse curiosas de cosas nuevas, sobre todo en lo tocante a una literatura más mundana, lo que causó un influjo muy grande hacia los clásicos griegos, romanos y orientales, muchos de los cuales no siempre conducentes con la moral católica y el cristianismo en general. Esta curiosidad no será distinta de aquella, algunos siglos después, provocada por los relatos venidos de América por medio de los aventureros y conquistadores europeos. En suma, una de las mayores corrientes de ese renacimiento es tan solo el revuelo provocado por la relectura masiva de muchísimos filósofos, poetas, historiadores antiguos u oriundos del Oriente.

Este proceso fue más constante en las ciudades que se beneficiaban con el renacimiento comercial, principalmente las de la península itálica, justo donde el Imperio Romano había tenido su núcleo. Así, mientras la mayoría de los reinos europeos vivía bajo una oscuridad mental, económica, cultural, infraestructural, Roma, Venecia, Florencia, entre otras, volvían, en el siglo XIII, al antiguo modo de ser greco-romano. No por azar, Dante, Boccaccio e Petrarca van a ser los nuevos faros intelectuales que guiarán

los humanistas e renacentistas. En Francia, España y Portugal, por su vez, a partir del siglo XIV, el aire humanista calará fondo en el pueblo, que se deleitará con las *cantigas de amigo, de escarnio, maldecir y de gesta*, algunas de las cuales ya reemplazaban la visión judaico-cristiana por una inherente al gusto de las culturas de antaño, incluso anteriores a la dominación romana, como es el caso de las representadas en la canción de los nibelungos o las relativas al ciclo de las aventuras de Alejandro Magno. Sin embargo, no solo el pueblo se sentirá atingido por las nuevas ideas. La codicia por bienes materiales en las metrópolis comerciales atingirá incluso al Vaticano, que, inspirándose en la pompa del Rey Salomón, dejará que la plata de los mercaderes o el fruto del pillaje ingresen en sus arcas. En las universidades y monasterios se permitirán el desarrollo científico, artístico y literario, incluso cuando contrarios a los valores cristianos.

Eso se agravó cuando de la caída del Imperio bizantino. Como se sabe, el Imperio romano se había dividido en dos, el occidental con capital en Roma, y el oriental, con costumbres griegas, cuya sede fue Constantinopla, antigua Bizancio. Por algunos siglos, estos dos imperios fueron rivales, pero con la destrucción del Imperio occidental, el de oriente pervivió por más mil años, y en sus fronteras se mantuvo viva la manera de pensar del greco-romano, puesto que la Iglesia ortodoxa fue más condescendiente y permitió el avance científico. Pero en 1453, los turcos musulmanes, después de muchas tentativas, destruyen el Imperio bizantino e implantó el islam como religión oficial, por consiguiente, hubo un cierre de los centros de enseñanza cristianos, se desapropiaron las tierras de los nobles y de la Iglesia Ortodoxa, lo que obligó que hubiese una ola masiva de migrantes hacia Europa. Las ciudades italianas fueron las elegidas por la mayoría de los inmigrantes, puesto que la cultura entre ellos no eran tan distintas: todos eran cristianos, vivían bajo el esplendor comercial e, de alguna forma, eran los herederos del antiguo Imperio romano. Entonces, decir que tales intelectuales hicieron renacer la mentalidad comercial o intelectual en Italia es una media verdad, pues lo que hicieron fue potencializar, medrar lo que ya estaba en marcha.

Por lo tanto, se dirá que la Iglesia Católica en las ciudades italianas y de los grandes centros comerciales estaba a la par con el desarrollo económico y no veía en el humanismo tanto peligro. El Humanismo-renacimiento fue enemigo brutal de las iglesias donde el feudalismo era más fuerte, donde la cuestión de la tenencia de la tierra estaba más arraigada que el glamour comercial. En estos sitios, el desarrollo comercial, cultural y político no llegaba con la misma velocidad que en las grandes metrópolis, y el humanismo representaba una amenaza a la Iglesia pero también a la forma de vivir de la nobleza ligada a la tierra. Es ahí donde el cristianismo se acercaba más al cristianismo primitivo. Donde el cura era una de las figuras más respetables de la región, celoso de su quehacer y preocupado con las cuestiones espirituales, muy distinto de los curas de las metrópolis, algunos ya involucrados con la poesía meliflua, con las novelas y canciones de gesta, con las músicas atractivas y, por supuesto, con las ganancias. Así, se puede decir que desde el Vaticano, había una institución que intentaba guiar sus sacerdotes, de entre los cuales había un grupo, sobre todo los del interior, que no aceptaban la forma como las políticas papales lidiaban con el materialismo y la aceptación de ideales paganos opuestos al cristianismo. El vaticano solo empezó a ser irascible con el humanismo cuando este comenzó a criticarle mientras institución.

Pareciera a los humanistas ser la Iglesia el símbolo mejor dibujado del cerrado sistema feudal, que no dejaba el cuerpo y el alma seguir sus deseos libremente. Pero hay quien contesta eso: dicen que si uno mira con atención, muchos de los que pregonaban contra la falta de libertad eran los mismos que dijeron ser la Iglesia un centro de libertinaje. Entonces, añaden, hay dos conceptos que se chocan: “falta de libertad” y “libertinaje”, en vista de que esta sería justamente la corrupción de aquella. Ejemplo claro estaría en el propio Lutero, que, en términos religiosos, pregonó contra los excesos del clero, pero se indispuso con el pueblo cuando este, de forma anárquica, clamaba por la república o los derechos políticos. Los que pensaban como el referido teólogo pregonan que la libertad total genera, en términos políticos, la anarquía; religiosos, la impiedad; económicos, el capitalismo salvaje; sexuales, la depravación. Por supuesto, finalizan, sería muy difícil vivir en una sociedad donde no hubiese ninguna norma, leyes o principios delimitadores de la voluntad humana. Por otro lado, no hay nada más destructivo para el hombre que quitarle la libertad.

De eso surge el dilema: ¿Cómo pudo la cúpula de la Iglesia, cuya preocupación con lo mundano y político era evidente, crear mecanismos que impidieran el avance de ideas que fomentaran justamente lo mundano y político? Para una respuesta convincente, hay que delimitar cuatro grupos respecto a los valores católicos: el *político*, el *ortodoxo*, el *reformista* y el *anticristiano*. El primero, formado por los que en un primer momento no se resintieron contra los avances del humanismo, incluso lo incentivaron. En términos propiamente religiosos, no deseaban cambiar los ritos católicos milenarios, aunque viviesen bajo el lujo materialista, pero insistían en llevarse al pueblo un rigor y disciplinas más basados en la forma de vivir de los romanos que en los principios pregonados por Cristo. El segundo grupo, el de los ortodoxos, eran los herederos del pensamiento de San Agustín, que no rechazan la expansión imperial de la iglesia, desde que bajo las estrictas conductas morales presentes en el cristianismo y en los sabios moralistas greco-romanos. No renegaban de los avances culturales y científicos añorados por el humanismo, pero la ciencia no podría en ningún momento imponerse ante la fe. Los reformistas, por su turno, salieron de este grupo, puesto que deseaban una renovación más profunda, pero no el quiebre de la iglesia, es de este grupo que Lutero emergió. Por supuesto, que también pregonaban la disciplina y los valores morales, pero contestaba la forma como el oficialismo imponía su interpretación en lo tocante a los textos bíblicos, además deseaban reformas religiosas, y que los textos bíblicos volviesen a ser la fuente central de la palabra Divina. De entre ellos, había los que, gracias a la interpretación libre, creían que las prácticas idolátricas se caerían por tierra. Tampoco renegaban de los avances culturales y científicos, pero al igual que los ortodoxos no aceptaban que la ciencia estuviese por encima de la religión, y ni de lejos, permitían que el amor sensual fuese la fuente de inspiración de la literatura producida por los sacerdotes de la iglesia. Por fin, el cuarto grupo, por aquellos que jalaban la Iglesia rumbo a una visión más acorde con los cambios recientes, pregonando un aflojamiento total de las conductas morales, destrucción de las jerarquías eclesiásticas y el ecumenismo, es decir, la aceptación de que todas las religiones son buenas. Así, aunque viviendo en el seno de la iglesia, veían como verdadera religión la pregonada por los antiguos greco-romanos, quienes aceptaban, por ejemplo, los ritos orgiásticos como forma de alabanza a sus dioses. Este grupo, con el tiempo, llegó al extremo de no desear simplemente una

reforma, como lo hicieron los cristianos protestantes, sino, en algunos momentos, la destrucción del propio catolicismo en un primer momentos y después la del cristianismo en cuanto religión, por lo que se tornaron enemigos tanto de católicos como de protestantes, volviéndose al panteísmo y materialismo greco-romanos.

Sin embargo, un punto en común a los cuatro grupos decía respecto al avance científico: ninguno de ellos estaba en contra del desarrollo tecnológico, como es usual pregonarse. Los conservadores católicos, al contrario de lo que se dice, impulsaron el avance, en el área de influencia de la iglesia, de la tecnología. En la Península Ibérica, eso se ejemplifica mejor con el pequeño Portugal, presionado por la España y por el Océano, a buscar en la ciencia el camino para superar sus dificultades económicas, habiendo logrado tornarse referencia científico-tecnológica en las matemáticas, física, geografía, astronomía, náutica, etc. Lo mismo se debe atribuir a España, archienemiga de Portugal, que no quería quedarse rezagada. En verdad, tal iglesia, al menos en la Península, estuvo de la mano con los ideales comerciales. Si hubo un momento en el que las burguesías española y portuguesa se enriquecieron fue justamente en los siglos XIV a XVIII, gracias, es cierto, a un capitalismo simplemente comercial, donde la producción manufacturera era dejada a segundo plano. Es decir, de los tres tipos principales de capitalismo, el comercial, el financiero y el industrial, este último fue el menos incentivado en la Península, pero no se puede decir que el Estado e Iglesia trabajaron en contra del capitalismo en general, lo que no aceptaban era el Liberalismo total que el comercio tarde o temprano exige.

Y era este el contexto del siglo en que se escribió *La Celestina*. En la España del siglo XV, ya se veían claros contornos de una sociedad mundana, alejada del cristianismo primitivo y bajo la preocupación con el gozo terrenal por encima de todo, donde la ciencia experimental era esparcía sus raíces llevando el pueblo a vanagloriarse de sus hechos: el hombre español confiaba más en sí mismo, en su espada, en su riqueza, en sus dotes físicas que en la palabra divina. Aunque cristiano, lejos estaba de vivir según la enseñanza afirmada por Jesús; al contrario, era orgulloso, egoísta, vengativo, duro de cerviz, y sin estos rasgos quizá no se hubiera podido expandir el Imperio, el cual, como se sabe, fue como un virus destructor de los pueblos precolombinos. En verdad, la religión de ese entonces servía como un antifaz: en público la gente se comportaba de una forma, pero, a solas, dejaba desvelarse sus pasiones más desenfrenadas. Por eso, pese al aura religioso en que se vivía en finales del siglo XVI, entre la gente el descaso a las palabras bíblicas eran evidentes, y es ese descaso que Rojas quiere demostrar en su libro.

Se debe tener en cuenta eso al analizar la obra *La Celestina*, en momento no tan lejos de la Reforma religiosa, pero en un contexto en lo cual el ideal humanista-renacentista impregnaba a ricos y pobres. El naturalismo de Rojas es, por consiguiente, como una ametralladora apuntando a diestros y siniestros, inclemente con los vicios de una sociedad impregnada por el engaño, así ya preconizaba el aire reformista que vendría vigoroso en el siglo XVI. Su texto es tragicómico, pero la intención no es otra sino la de educar, hablando como si fuera un profeta que echa en la cara los pecados e hipocresías de la gente. La mentira, codicia, engaño, envidia, enojo, asesinato, ultraje, prostitución, fornicación, y otros tantos pecados desfilan abundantemente por las páginas del libro. Es probable que el autor solo hubiese recogido lo que vio, quizá a

diario, tanto entre los nobles como entre la plebe. El comercio o la industria no son puestos en jaque, lo que importa allí es el descalabro de la sociedad española, que se autoproclama cristiana, creyente y sierva de Dios: ¿Cómo puede entonces de su seno salir tanta cosa mala? La ferocidad con que Sempronio y Pármemo matan a Celestina, la sangre fría, el amor al oro, el deseo de riqueza solo puede ser un preanuncio de lo que la corona española, con los auspicios de un gran segmento de la iglesia, haría a un sinfín de indios, quienes serán desalojados, muertos, esclavizados, violados, y todo para saciar el deseo de progreso y riqueza material.

3 *Los personajes y sus vicios*

Los personajes en *La Celestina* no son meros tipos, algunos actúan con profundidad psicológica, con bondad y maldad según les convenga. No es fácil clasificarlos como novelescos o teatrales, puesto que algunas veces las dos cosas allí se mezclan. Como es una obra de tránsito entre la Edad Media y la Moderna presenta rasgos de ambas, por lo que, aunque arraigada a muchísimos de los valores morales medievales, ya deja antever una intención psicológica en los personajes. Rojas “es un español del siglo XV formado en este siglo, que no ve la vida con mirada optimista; fíjase más bien en los engaños, en las fealdades, en las durezas de ésta; pero nadie como él ha comprendido, sin embargo, la poesía de la pasión y de la fatalidad que empuja las cosas más queridas hacia la ruina y hacia la muerte” (CHABÁS, 1936, p. 64). Los principales son Calisto, Melibea y Celestina; mientras los secundarios: los siervos Sempronio, Pármemo, Sosia, Tristán y Lucrecia; las prostitutas, Elicia y Areúsa; Centurio, el fanfarrón; Alisa y Pleberio, los padres de Melibea. Todos están calculadamente arreglados para demostrar los vicios y castigos de cada personaje. Hay dos tipos de debacle moral allí: las de los personajes de las clases muy bajas y las de las altas. Así que aquí se comenzará a analizar a los de las más bajas, es decir, los siervos.

3.1 *Los siervos: Sempronio, Pármemo y Lucrecia*

Una de las acepciones de la RAE para el vocablo “siervo” es “persona sometida a un señor feudal y obligada a trabajar para él, pero que conservaba ciertas libertades”. Pero en fines del siglo XV el siervo era un empleado, un paje, a veces con cierto grado de instrucción, a menudo protegido por su señor, por lo que tenía ciertas regalías y, por supuesto, vivía en relativa tranquilidad. En muchos casos se tornaba aprendiz, estudiaba con el permiso y ayuda de su amo. Una de sus tareas era celar por la integridad física y moral de su protector: a veces siéndole fiel escudero en un duelo, otras dándole sensatos consejos, pero también debía servir a su amo ayudándole a vestirse, arreglándole las cosas, llevándole y trayéndole recados, etc. Por lo mismo, el grado de intimidad le permitía al siervo ser una especie de agregado de la familia, de ahí que conocía profundamente los vicios y virtudes de sus patrones. Pero, por lo general, no pertenecían a la nobleza de sangre: venían de las clases menos acomodadas de la sociedad. Es el caso

de los cinco siervos que aparecen en la pieza. Rojas los desnuda en sus bajezas, en sus hábitos, en sus mezquinarías, pero también en su sabiduría popular.

Sempronio es el más listo y que, de entre los de su clase, es el primero en aparecer en escena. En algunos momentos se le pinta como a un ajuiciado, y en otros como a verdadero pendejero. Sin embargo, en el comienzo de la trama no quiere dañar a su amo, incluso le apunta los peligros de una relación amorosa ilícita, señalándole, por medio de los clásicos de la literatura y filosofía, los peligros de entregarse a las mujeres y al vino:

Lee los historiales, estudia los filósofos, mira los petas, llenos están los libros de sus viles y malos ejemplos e de las caídas que llevaron los que en algo, como tú, las reputaron. Oye a Salomón do dice que las mujeres y el vino hacen los hombres renegar. Aconséjate con Séneca y verás en qué las tiene. Escucha a Aristóteles, mira a Bernardo, gentiles, judíos, cristianos y moros, todos en esta concordia están. (ROJAS, 2007, p. 20).

Lo primero que se nota ahí es que el nivel de lectura e información del siervo no condice con lo normal y natural de una persona de su rango y clase: recuerda a un estudiante de filosofía de la prestigiosa Salamanca, donde, casi cierto, Fernando Rojas había estudiado; segundo, este escritor ha puesto en la boca del personaje sus propios anhelos éticos y moralizadores. Hasta aquí, sin embargo, el joven servicial actúa como el típico paje de las novelas de caballería, correcto, justo, digno de loas y respeto. Rojas, anticipando también a Cervantes, desmorona el ideario romántico pregonado por los escritores de tales novelas, quienes ponían en los discursos melifluos y hechos fantásticos de los caballeros, damas y serviciales los valores más sagrados pregonados por el cristiano, sirviendo como ejemplo moralizador a una sociedad que escuchaba a menudo los santos evangelios pero que en la práctica diaria no raro los desvirtuaba. De la misma forma que los escritores naturalistas y realistas del siglo XIX se enojarán con lo extremado del sentimentalismo romántico, a Rojas le aborrece lo fingido de los enredos caballerescos que, en el fondo, estaban repletos de engaños, por esta razón critica el idealismo de algunos autores, incluso los bienintencionados, puesto que para él estos no habían advertido que es mejor, para educar, apuntar el error a la gente que crear personajes ejemplares, pero irreales. Así, a diferencia de tales autores, que solo representaban lo bueno y digno de los protagonistas, asimilándolos a la nobleza, mientras lo extremadamente malo de los villanos, por lo general, a las capas más bajas de la sociedad, Rojas expone lo peor de todas las clases sociales, sin perdonar al rico y pobre, volviéndose, por lo tanto, al concepto de catarsis griega tan alabado por Aristóteles.

Por lo mismo, Sempronio, según Menéndez Pelayo (1958), es el pícaro que llegó a cierto grado de respetabilidad, pero procediendo con perfidia, si eso le garantizara algo de bueno. Por consiguiente, actúa como cualquiera de su rango, y, por eso, comienza a percatarse de lo terco de su amo, quien impiadosamente le pone a su amada por encima de todo, idolatrándola: “!Sempronio! Canta la canción más triste que sepas. Que *melibeo* soy, a Melibea amo, en Melibea creo, a Melibea amo.” (ROJAS, 2007, p. 9). Sin embargo, fiel todavía a su función, el empleado, una vez más, intenta ayudar a su señor, diciéndole

que este sufre del mal de amor. Con lo que Calisto le contesta: “No amas tú a tu amiga Elicia” (ROJAS, 2007, p. 9). Y Sempronio, hombre experimentado en cuestiones amorosas, algo de rufián, arremata: “Haz tú lo que bien digo y no lo que mal hago. A los que son más fuertes que ellas quiero que sigas, y no a los que ellas vencen. ¡Huye de sus engaños!” (ROJAS, 2007, p. 9).

Hay una visión distorsionada en este discurso, pues el gran enemigo ahí no es la mujer en sí misma, pero la pasión arrebatadora, la que arrastra a ambos sexos a hacer a veces cosas absurdas. Sin embargo, esta atribución a la mujer está presente en muchas culturas, y era más arraigada en el siglo de Rojas. Pero Calisto no le da oídos a su empleado, que, al fin, se cansa, y se da cuenta de que no hay más salida que condescender, por lo que, reflexiona, no haber nada de malo en ello, puesto que ayudarle a Calisto podría ser fructuoso para ambos. Si logra que su señor alcance sus objetivos y que además le ofrezca una propina, le parecería ser un buen negocio. El problema es el subterfugio utilizado por el siervo, quien le hace una propuesta nefasta a Calisto: “Hace mucho tiempo que conozco a una vieja que se llama Celestina. A las peñas más duras hará caer en lujuria, si quiere.” (ROJAS, 2007, p. 10). Calisto acepta pronto. Incluso hace una plegaria: “¡Oh, Dios todopoderoso! Humildemente te pido que guíes a Sempronio, para que mi pena y tristeza sean gozo” (ROJAS, 2007, p. 11).

En el momento en que Calisto espera ansioso la venida de Celestina, le tocan la puerta, y el otro siervo, Pármeno, la abre, en seguida Calisto le pregunta quién es, la respuesta no podría ser más contundente: “Señor, Sempronio y una puta vieja alcoholada [...]” (ROJAS, 2007, p. 12). Calisto lo reprocha llamarla de puta vieja, con lo que Pármeno le contesta: “¿Piensas, señor, que causa dolor en las orejas de ésta el nombre que le di? No lo creas; que le gusta oírlo, como tú cuando dicen: ‘Buen caballero es Calisto’. Y cosas peores le dicen. Si alguien va y dice: ‘¡Putta vieja!’, sin molestarse vuelve la cabeza y responde con alegre cara. [...]” (ROJAS, 2007, p. 12). Luego, Calisto le pregunta: “Y ¿tú cómo lo sabes y la conoces?” (ROJAS, 2007, p. 12), con lo que le responde: “Mi madre, mujer pobre, vivía cerca de Celestina, y me envió como sirviente a su casa. [...]. Ella tenía seis oficios: cosía, hacía perfumes, era maestra de pomadas y en virgos, alcahueta y un poquito hechicera. El primer oficio era para ocultar los otros [...]. Y también tenía mil cosas para consolar amores. Venían a ella muchos hombres y mujeres. Y todo era engaño y mentira” (ROJAS, 2007, p. 13).

Pese a tales avisos, Calisto desconfía que todo eso es pura envidia, puesto que Sempronio está llamando todas las atenciones para sí, y por esta razón, Pármeno, herido en su orgullo, reprocha al otro. Sin embargo, el joven servicial reprende vehementemente eso: “¿Por qué dudas de mi fidelidad y mi servicio? ¿Cuándo me viste, señor, tener envidia?” (ROJAS, 2007, p. 13). Pármeno se esfuerza por cambiar el pensamiento de su patrón, pero se rechazan siempre sus palabras. En realidad, Pármeno parece sentir algún rencor por Celestina, pues él, cuando criatura, gracias a las dificultades financieras de su madre, tuvo que hospedarse por un mes en la casa de la alcahueta. En un primer momento, ella no advierte ser el muchachito de otrora, pero en seguida él se la cuenta. Pronto la vieja, en forma vengativa, dice que la madre de Pármeno era una prostituta de las grandes, remecía los cementerios en busca de joyas y de cosas para sus hechizos, y que ella, Celestina, aprendió mucho de la otra. No hay como probarlo, pues se debe tener en cuenta que la anciana es maestra de mentiras, pero había, por supuesto, algo de

camaradería entre las dos, lo que lleva a creer que poseían mucho en común. Una cosa parece cierta, Pármeneo no le tiene buenos recuerdos. Si ella hubiera sido buena con él, sus memorias la pondrían como agradable, pero al revés él siente incluso asco de olor que la vieja solía tener: “algunas veces me subías a la cabecera [de la cama] y me apretabas contra ti, y porque olías a vieja me separaba de ti” (ROJAS, 2007, p. 16). Celestina, sin embargo, con sus artimañas, intenta contornar la situación por medio de una mentira que nadie lo creería: le dijo que hace años le buscaba por todas partes, y añadió:

Oye, ahora, hijo mío, y escucha. Cuando tu madre te dejó conmigo, aún vivía tu padre. El cual murió sin saber qué iba a ser de tu vida y persona; pero antes envió por mí, y en secreto me encargó y me dijo que, cuando tengas edad suficiente, te descubra dónde dejó encerrada una cantidad de oro y plata que es más que todo lo que tiene tu amo Calisto. Y como se lo prometí, buscándote he gastado ya bastante tiempo y dinero, hasta ahora, que te he encontrado aquí, donde sólo hace tres días que sé que vives. Ahora, hijo mío, deja las fuerzas de la juventud y vuelve a la razón. Descansa en alguna parte. ¿Y dónde mejor que en mi voluntad y consejo? Y yo, como verdadera madre tuya, te digo que sirvas por el momento a tu amo, hasta que yo te dé otro consejo. Ya gana amigos. Muy bueno será para ti que seas amigo de Sempronio. (ROJAS, 2007, p. 16).

La respuesta del joven no pudo ser más cuerda: “Deseo riquezas; pero no quiero bienes mal ganados. Pues yo con ellos no estaré contento. Y más te digo: que no son pobres los que poco tienen, sino los que mucho desean. Y por eso no te creo. Quiero pasar la vida sin envidia y el sueño sin sobresaltos” (ROJAS, 2007, p. 17). Ni di lejos parece ser el habla de un adolescente crecido huérfano, sin más que su astucia para ayudarle a sobrevivir, tal como el *Lazarillo de Tormes*. Es verdad, que puede ser una jugada maestra, pues sabe que la vieja no logrará nada de valor de su amo. Pero ella lo persuade utilizándose de un arma letal contra los adolescentes: la cuestión sexual: insinúa que la amante de Sempronio, Elicia, prostituta, tiene una prima, joven, bonita, prostituta, y disponible a favores. Esta insinuación más que cualquiera otra ganancia económica pronto lleva el siervo a cambiar de idea. Con todo, mismo después de pactar con la vieja, Pármeneo continúa en insistir que su amo desista de la camaradería con ella, pues después que Calisto le dio a vieja algunas monedas de oro, Pármeneo le dijo a él que ellas estarían mejor invertidas en regalos a Melibea que en hacerse prisionero de Celestina, y profetiza: “Digo, señor, que nunca un error viene solo. Perderse el otro día el neblí fue la causa de tu entrada en la huerta de Melibea; la entrada, la causa de verla y hablarle; del habla vino el amor; del amor, tu pena; le pena será causa de que pierdas tu cuerpo, tu alma y tu hacienda. Y lo que más siento es que todo venga de manos de aquella trotaconventos” (ROJAS, 2007, p. 20). Pero la gota que colmó el vaso es la respuesta de Calisto: “¡Palos quiere este bellaco! Di, mal criado, ¿por qué dices mal de lo que yo adoro? Todo el consuelo que Sempronio trae con sus pies, tú lo apartas con tu

lengua. Mejor estaría yo solo que mal acompañado” (ROJAS, 2007, p. 21). Esta y otras hablas se calaron hondo en Pármemo, quien, al fin, se enoja, y decide entregarse de vez a la bellaquería organizada por Sempronio y Celestina.

Pármemo al igual que su amo, se deja seducir por cuestiones sexuales. Es verdad, empero, que en poco tiempo el amor carnal y grosero entre Pármemo y Areúsa, de la misma forma que el acaecido entre Sempronio y Elisia, va a diferenciarse del cándido y a veces patético de Melibea y Calisto. Otra cosa que llama la atención es que, pese a ciertas groserías de ambos pajes, no poseían rasgos de violentos, pues, al menos para algunos, sus conductas pícaras e inmorales no condicen con la ferocidad con la que participan del asesinato de Celestina. Esta, y Pármemo lo sabía intuitivamente, les engañaría, pero matarla con la frialdad de cálculo con que hicieron es muy duro y supera el equilibrio psicológico presentado hasta entonces por los jóvenes, sobre todo el pacato Pármemo. ¿Qué pasó, por qué un cambio tan brutal? Solo existen suposiciones para explicárselo. A los hombres miserables, que jamás tuvieron la oportunidad de haberse con cierta fortuna, cuando esta se les apunta, algunos de ellos juegan todo, incluso la vida, en busca de enriquecerse. Francisco Pizarro, por ejemplo, era uno de esos pobre, un porquero, sin rumbo, a quien le vino, por medio de la guerra, o por conquista de tierras lejanas la oportunidad de bonanza (PRESCOTT, 1980). Pero claramente su deseo mayor, en dado momento, no era solo la riqueza material, sino la gloria, la misma que motivó al joven Alejandro Magno a pasar tantas dificultades para, al fin, conquistar la longinqua y mitológica Persia. Pero los soldados de ambos, en su mayoría, sólo veían la posibilidad de salirse del olvido, del ostracismo, de ser vistos, respetados, comer bien, poseer mujeres... Unos atizados por el deseo de gloria, otros por la riqueza económica, y todos en satisfacer el ego, que jamás se basta a sí mismo y es la causa de la envidia, que es iracunda, irascible y no raro asesina. Por su causa, Caín mató a su hermano; y Pármemo y Sempronio, a la vieja Celestina.

Con todo, una cosa es conquistar el reino de Moctezuma o Atahualpa y la fortuna en oro de ambos, otra bien distinta es matar a alguien por algunas monedas de oro. El oro en juego no pareciera suficiente para tan vil acción, puesto que hasta entonces los ánimos de los mancebos eran de bellaquería no más. Si la ofensa que sufrieron fuera hecha por un hombre, gracias al código de honor que llevaban los españoles a batirse en duelos mortales, quizá la investida de los dos jóvenes sonara más verosímil, ¡pero era una sexagenaria!, que, pese a sus malas costumbres, el mayor de sus crímenes fue la alcahuetería. Los dos no actúan como la Electra y Otelo, pues en estos el ardor y odio se les ciega, por lo que sus sucesos llevan a un fin casi adivinado por el espectador. Al contrario, Pármemo y Sempronio a veces son más cómicos que trágicos, por lo que no suena tan verosímil sus hechos. Es evidente que en Shakespeare hay una evolución del teatro, que empezó con la generación de Rojas, quien a su tiempo se encontraba en un limbo literario, sin ejemplos que seguir, sino algunas piezas antiguas. Pero eso no le quita a Rojas lo magistral, lo profundo, incluso para muchos, siendo mayor que el poeta inglés. Pero parece que los hechos de Pármemo y Sempronio son justificados por el deseo del propio autor de justicia. Celestina es, pese a su condición de anciana, injusta con los dos, con todo su muerte parece más a causa de su vida libertina, su impiedad y malas costumbres que por la codicia de los dos muchachos.

Hay una sierva, Lucrecia, que es menos interesante, más cómica, pero quizá posee de responsabilidad por la muerte de su señora, Melibea, aunque no demuestre pena por el sufrimiento ajeno. Ella, utilizándose de un lenguaje rudo, describe a Celestina:

Alisa. - ¿Con quién hablas, Lucrecia?

Lucrecia. -Señora, con aquella vieja de la cuchillada en la cara, que vivía en la cuesta del río.

Alisa. – No la conozco.

Lucrecia. - ¡Jesús, señora! Muy conocida es esta vieja. No sé cómo no tienes memoria de la que vendía las mozas a los abades y descasaba mil casados (ROJAS, 2007, p. 40).

Alisa, la Madre de Melibea, por esta simple descripción, ya debía despachar a la vieja, mandándola irse a la casa, pero la deja ingresar. Lucrecia no le advierte más, simplemente se calla, puesto que no sabe de la trama de Celestina. Sin embargo, se percata de inmediato cuando esta comienza a hilar conversación con Melibea. Lucrecia, a diferencia de los dos siervos anteriores referidos, no intenta con cierto ardor cambiar la pasión de su ama, en verdad, parece pactar, sirviendo de puente entre la vieja alcahueta y la joven inocente: en algunos casos incentiva a Melibea, pero no hay intereses pecuniarios u otro de cualquier tipo. Su concepto de virtud está lejos de lo aceptado por la burguesía y nobleza de entonces. ¿Entonces, qué mal habría en una relación sexual antes del casamiento? – es lo que parece creer. Es la bufona, la tonta que tiene por hábito las palabras bajas, pero que no pasa de eso. Pero fue el elemento importante para encubrir el error de Melibea, incluso deleitándose en muchas situaciones con la evidente caída de la familia. La forma como habla deja entrever un grado de envidia de la hijita de papá Melibea, que es sobreprotegida, cuidada con celos por los padres, mientras ella, Lucrecia, casi de la misma edad de la otra, hay que soportar tantas cosas peores de forma sumisa y callada.

3.2 *Las prostitutas*

Areúsa y Elicia, la primera es la amante de Pármeneo, en tanto la otra es la de Sempronio. No parecen vivir en la miseria, aprenden todo de Celestina, pero no les gusta la vida ramera como a Celestina le gusta. Son libres, fuertes, osadas y astutas; y, aunque enamoradas de Pármeneo y Sempronio, no se entregan de todo a ellos, se los consideran como un buen negocio en el cual pueden entretenerse. Envidia a Melibea. En conversación franca, Sempronio llama graciosa y gentil a Melibea, por lo que Elicia se inflama de ira:

¡Calla! ¡Mal te haga lo que comes! ¡Asco me da oírte! ¡Mirad a quién llama gentil! ¡Jesús, Jesús! ¿Gentil con quién? ¿Gentil? ¿Gentil es Melibea? Su belleza, por una moneda se compra en la tienda. Si algo tiene de bella es por los buenos arreglos que lleva. Ponedlos en un palo, también dirás que es gentil (ROJAS, 2007, p. 52).

Y Areúsa añade:

Pues no la has visto tú como yo, hermana mía. Todo el año está con mil suciedades. Si una vez sale donde pueda ser vista, se da en la cara con cien cosas que en la mesa no voy a decir. Las riquezas hacen bellas a éstas, y no las gracias de su cuerpo. Tiene unas tetas, para ser doncella, como dos grandes calabazas: parece que ha parido tres veces. El vientre no se lo he visto, pero creo que lo tiene tan flojocomo el de una vieja de cincuenta años. No sé qué le ha visto Calisto, por qué deja de amar a otras que más rápidamente puede tener, y con quienes más feliz sería. (ROJAS, 2007, p. 53).

Pero Sempronio destroza tal discurso: “Hermana, me parece que lo contrario de eso se oye por la ciudad” (ROJAS, 2007, p. 53). Es evidente que hay amargura a causa de la belleza y fortuna de Melibea, pero eso todo se pasa en una conversación juguetona. Pero tras la muerte de Celestina a manos de los dos siervos de Calisto, ambas le echan la culpa a este y a Melibea, a punto de contratarle a un mercenario para matar a Calisto y desgraciar el honor de Melibea. ¿Qué culpa tienen Calisto por haber dado a la vieja alcahueta algo de valor? Él no ha incentivado a los dos siervos a matarla. Es el odio, la envidia que las mueve. Sin embargo, las artimañas por ellas planeadas no trascienden, en vista de que el “mercenario” que ellas contratan, Centurio, simplemente finge que va a realizar la hazaña. Si hay un personaje que es el típico pícaro allí es Centurio, quien aparece en la pieza apenas para hacer la gente sonreír. Es el bufón, el hazmerreír, el hablador que se vanagloria por su fuerza, astucia y control. Pero que en verdad es todo lo contrario. De hecho, es perfectamente prescindible su participación para el desenrollar de la obra. Pero sin él, mucho de la diversión se perdería.

3. 3 Calisto y Melibea

¿Cuál es el gran error de Melibea y Calisto? Si se mira la pieza con ojos contemporáneos, quizá la forma como se termina la trama parecería extremada a muchos ahora, puesto que, gracias a las actuales relaciones sociales, es probable que si Calisto y Melibea vivieran hoy en día hubiesen arreglado un encuentro en un sitio cualquiera, y, si se gustasen mutuamente, la cosa ya quedaría por sí sola arreglada, no necesitando el permiso de los padres, ni de la religión. Y si alguien intentara intervenir, es probable que los jóvenes, con el amparo de las leyes, simplemente no le dieran atención. Incluso en el siglo XV ese tipo de actitud no era algo tan raro; no por casualidad Rojas había escrito una pieza para retratar los vicios que muy probable veía en su alrededor. Vicios practicados por todas las clases sociales en una sociedad donde las costumbres cristianas eran arraigadas, lo que parece un contrasentido. Si eso no pasara a menudo, el valor moral de la intención de Rojas no tendría sentido ayer y hoy. La diferencia está que en que antes la rebeldía no era la regla como se ve hoy día, y modos como los de Melibea y Calisto no estaban abiertamente valorados como símbolos de

libertad y desarrollo personal. Entonces, desde una perspectiva cristiana, se puede decir que el error central de ambos muchachos fue la desobediencia, que es una marca de la humanidad, causa del destierro de Adán y Eva, del asesinato de Abel, etc. Gracias a ella, la pareja española cometió una serie de errores, enmarcados en la siguiente secuencia: desobediencia, el no arrepentirse y la blasfemia. El rey David, por lujurioso, desobedeció a Dios, fue condenado, pero enseguida se arrepintió con todas sus fuerzas, buscando la salvación de su alma y reino. Dios le perdonó, pero las consecuencias físicas de las maldades de David lo siguieron hasta la tumba: vio sus hijos se levantar en armas contra él, fue perseguido, humillado, despreciado, sus esposas violadas por su propio hijo, etc. Pero no blasfemó, soportó las consecuencias de sus errores con la humildad de un pecador netamente arrepentido. Y eso era lo que Jesús pregonaba: arrepentimiento sincero, con todo advirtió que la blasfemia era imperdonable. Melibea, en su discurso de despedida, suena como una blasfemadora, poniendo su amor por encima de todo y echando al mundo físico y divino la culpa de sus infortunios. No obstante, todo eso podría ser evitado si ambos protagonistas resolviesen hacer las cosas de forma correcta. Sobre ello Juan Valera llama la atención:

Melibea y Calisto son ambos de igual condición elevada, así por el nacimiento como por los bienes de fortuna. Entre la familia de ambos no se sabe que haya enemistad, como la hubo, pongamos por caso, entre las familias de Julieta y Romero. Ni diferencia de clase, ni de religión, ni de patria los divide. ¿Por qué, pues, no buscó Calisto a una persona honrada que intercediese por él y venciese el desvío de Melibea, y por qué no la pidió luego a sus padres y se casó con ella en paz y en gracia de Dios? Buscar Calisto para tercera de sus amores a una empecatada bruja zurcidora de voluntades y maestra de mujeres de mal vivir, tiene algo de monstruoso, que ni en el siglo XV ni en ningún siglo se comprende, no siendo Calisto vicioso y perverso y sintiéndose muy tierna y poéticamente enamorado. (VALERA, *apud* MENÉNDEZ PELAYO, 1958, p. 155).

Valera pone en jaque la trama, dejando implícito que si Calisto no optara por seguir a Celestina y eligiera pedir la mano de Melibea a los padres de esta no habría historia que contar, por lo mismo la estructura de la pieza no sería tan verosímil como se lo pregonan. Sin embargo, el problema de la estructura es una preocupación mayor entre los modernos y contemporáneos, pero no tanto entre los medievales. Y Rojas es un medieval, por lo que su intención es realzar lo imperfecto de la materia en pro de lo espiritual. Así, pareciera haber querido subrayar la impaciencia de Calisto, quien busca en el amor satisfacción inmediata, carnal y que, por haber sido rechazado, tomó a Melibea como un trofeo, un premio difícil de lograr, pero que mereció la pena intentarlo. Con eso, Rojas apunta un rasgo característico del macho ibérico, cristiano, crítico contumaz de la poligamia de los musulmanes, pero él mismo, en muchos casos, un polígamo inveterado, lo que se comprueba con las variadas amantes que los varones casados se vanagloriaban en tener. La crítica hecha al musulmán era que este permitía legalmente el hombre casarse con varias mujeres.

El tiempo ha adulterado las intenciones de Rojas, quien, incluso por el título original de la obra, busca realzar las marañas en las que Melibea y Calisto se metieron. Con todo, desde hace siglos la figura preponderante es la de Celestina, para muchos la verdadera heroína de la trama, y víctima del sistema económico, mientras las hazañas de los dos chicos solo fueron posibles gracias al sistema moral represor de la época. No se la interpreta como la bruja endiablada, maléfica, pervertida y vil en todas las circunstancias y que, pese a su pobreza, esconde en su corazón la arrogancia, la altivez de los que menosprecian a la compasión y amor al prójimo. La vieja hoy es considerada incluso como modelo a seguir por muchos grupos sociales: es tenida como la que luchó contra las huestes del cristianismo imponiéndose una lucha por libertad y gozo material. En este sentido, Melibea es la gran discípula de Celestina, quien se deleita con la lujuria, con el deseo de hacer lo que le dé la gana. Quizá así sería Melibea, que de inocente posee poco, es lista y sabe bien lo que está haciendo. Si Celestina ve en Areúsa y Elicia dos jóvenes “promisoras” en el negocio de la prostitución, y que un día tendrá gusto pleno por el oficio, ambas no se sienten de todo contentas con su situación social: quieren cambiar, dejar de ser lo que son. Anhelan la libertad, pero no quieren el libertinaje; discrepan de la intolerancia religiosa, pero no buscan en el reino de las tinieblas la destrucción de los demás. Melibea, por su turno, gritó contra todo y todos. La pasión que siente por Calisto es sincera pero a la vez puede ser interpretada como un pretexto para romper las amarras. Es por ello que parece un poco inverosímil su suicidio, en vista de que su amor por sí misma parece ser mayor que el por Calisto. Julieta y Romeo poseían una excusa para amarse a las escondidas: el odio entre sus familias, pero no hay disculpas para la pareja española.

Melibea parece rechazar el casamiento, puesto que si propusiera a sus padres el nombre de Calisto, quizá estos se lo aceptarían. Pero el rechazo ahí es más bien contra el casamiento arreglado en sí. Una interpretación posible es la que propone que Calisto anhela tan solo una caza, pasar el tiempo con una chica, enamorarse, pero nada más; en tanto, Melibea desea la insumisión, romper con la idea de que alguien debe elegir la persona con quien ella se relacionará. Es obvio que Rojas deseaba demostrar que los errores de Calisto y Melibea se los llevaron a la muerte, pero abre espacio para distintas interpretaciones, incluso al casamiento arreglado. Algunos dicen que este es el símbolo del machismo, pero eso quizá no sea así tan sencillo, en vista de que la imposición no se dirigía apenas a la mujer, pues el varón de también se veía obligado a un matrimonio con una joven que, en muchos casos, ni siquiera la había visto.

3. 4 Celestina

¿Cuál es el gran mal de Celestina? Es depravada, alcahueta, entrometida, chismosa, envidiosa, mentirosa, engañadora, bruja. Pero de todas las características, la que más llama la atención es su sincretismo religioso, sobre todo para los creyentes cristianos, cuando ella clama pidiendo ayuda a entidades malignas:

Conjúrote, triste Plutón, señor de la profundidad infernal, emperador de la Corte dañada, capitán soberbio de los condenados [...] Yo, Celestina, tu más conocida cliente, te conjuro por la virtud y fuerza de estas rojas letras; por la gota de sangre del ave con que están escritas; por la gravedad de estos nombres y signos que este papel contiene; por el veneno de las víboras con que este aceite fue hecho, con el cual impregno este hilado: ven sin tardar a obedecer mi voluntad hasta que Melibea lo compre y quede enredada, de modo que, cuanto más lo mire, más se ablande su corazón para conceder lo que le pido, y ame con fuerte amor a Calisto. Y otra vez te conjuro. Y me voy con mi hilado, donde creo que te llevo ya envuelto. (ROJAS, 2007, p. 25).

Algunos creen que este habla es un inserto, no se sabe bien si hecho por el propio Rojas o por otro, pero es verdad que no cuadra con las sencillas frases y refranes con las que la vieja hasta entonces venía hablando. Según Menéndez Pelayo (1958), el intento es el de poner una maldad más en la cuenta de Celestina. Sin embargo, independientemente de si es o no un inserto posterior a la primera publicación, el objetivo es llamar la atención al hecho de que tal discurso no era algo raro, sino una usanza entre algunos. Celestina es un paradigma de todos los males que una mujer anciana puede lograr. En ningún momento se arrepiente de sus errores, al contrario, añora el tiempo depravado en que su salón estaba repleto de muchachas con las cuales usaba como moneda de cambio para obtener favores de los ricos y poderosos. Además su deseo por el placer sexual le persigue, aunque después del cuerpo no más se lo exigir. Todo en ella es monstruoso y grotesco. Su desesperación por ganancias materiales no se encaja con la común sabiduría que la vejez trae consigo: no se arrepiente, puesto que su corazón está lleno de amargura. Se delicia con la desgracia ajena, sobre todo se con ello consigue algunos dividendos, y a todos manipula. Sobre eso nada mejor que la autoridad de Menéndez Pelayo (1958, p. 52):

Desde que Celestina entra en escena, ella domina y rige con su maestría infernal, convirtiendo en auxiliares suyos a los criados de Calisto y Melibea, seduciendo a Pármeneo con el cebo del deleite de Areúsa, prima de Elicia; a Sempronio con la esperanza de participar del botín; a Lucrecia, otra prima de Elicia, que no desmiente la parentela aunque criada de casa grande, con recetas de polvos de olor y de lejías para enrubiarse los cabellos. Pero estos son pequeños medios para sus grandes y diabólicos fines. Necesita introducirse en casa de Melibea, adormecer la vigilancia de los padres, despertar en el inocente corazón de la joven un fuego devorador nunca sentido, hacerla esclava del amor, ciega, fatalmente, sin redención posible. Esta obra de iniquidad se consume con la intervención de las potencias del abismo, requeridas y obligadas por Celestina con enérgicos conjuros, aunque el lector queda persuadido de que Celestina sería capaz de dar lecciones al diablo mismo. La verdadera magia que pone en ejercicio es la sugestión moral del fuerte sobre el débil, el conocimiento de los más tortuosos senderos del alma, la depravada experiencia de la vida luchando con la ignorancia virginal, condenada por su mismo candor a ser víctima de

la pasión triunfante y arrolladora. Toda la dialéctica del ingenio del mal se esconde en las blandas razones y filosóficas sentencias de aquella perversa mujer.

El Fausto de Goethe es una de las diversas versiones nacidas y esparcidas en la edad Media del hombre que pacta con el diablo para lograr en esta vida éxito y fama, aunque eso le cueste perder la propia alma. Celestina, es un arremedo del Fausto, puesto que el primero, pese a su maldad, se transforma en rico, no obstante sus desgracias empezarlas a sufrir aquí en la tierra; Celestina, por otro lado, ni riqueza, ni éxito. Es una miserable que, tras una vida dedicada a orgias y prostitución, llega a la vejez decrepita de cuerpo y espíritu: fea, sin tranquilidad, desasosegada, avara. Por eso, es más digna de conmiseración que de odio. Uno de los mensajes de la Biblia es que las fuerzas de las tinieblas no quieren destruir a la humanidad, criatura de Dios, sino humillarla, hacerla sufrir, por cuanto así demostraría que Dios falló en su obra. El diablo es el signo del sufrimiento, es él quien inspira a la gente a divertirse con todas las fuerzas, aunque las consecuencias sean amargas. La maldición en que Celestina vive es el ejemplo de una especie de limbo donde la gente está presa, sin tranquilidad pero jura estar feliz. Bullones tiene una metáfora sobre ello: el terreno de la maldición es como un gato bien alimentado por su dueño: no tiene necesidad de cazar, de matar para alimentarse, pero igual si se le aparece un bicho cualquiera, mismo sin hambre, le atormenta por horas y horas al pobre animal. Se deleita no con su muerte, pero en verlo sufrir. Así, un borracho perdido en la vanidad de las calles, rota la ropa, torpe, reí, canta, baila y amenaza a todos que intentan ayudarlo: se dice feliz, pero todos ven que la cosa no es así. Por más que Rojas intente revelar la maldad en la vieja bruja, esta ingresa en rol de los grandes personajes de la historia justo porque se entregó franca y conscientemente a la autodestrucción, lenta pero constante.

La larga vida de Celestina puede ser comparada con la forma que Dios inspiró el autor del Libro de Reyes, libro este que además de ser histórico no pone la causa de la derrocada y esclavitud de Israel en las cuestiones económicas o políticas, sino espirituales. El personaje central ahí es el pueblo judío, por medio de sus reyes, quienes revezan en el poder: algunos pocos respetan las leyes bíblicas otros la rechazan un poco y, por fin, hay los que se las desprecian en gran medida. Cada rey es descripto sucintamente en su forma de alabar a Dios o a los dioses de los pueblos aledaños a Israel y Judá. Estos reyes individualmente construyeron un castillo de pecado y prosperidad, muchos fueron, a los ojos de la gente, grandes administradores, emprendedores contumaces, que hicieron sus reinos prosperar abundantemente. Llegó un momento que no había diferencia entre el actuar ordinario del pueblo elegido y el de la Babilonia en su peor momento. En términos humanos, esta ciudad imperial es una de las joyas del hombre, un gran convite al vivir bien aprovechándose de todo lo que la materia puede darle al hombre. Pero los dioses babilónicos, así como los de los romanos, y los actuales, incentivaban al hombre a creer que entregarse enteramente a los placeres carnales le llevaría a la felicidad. Los reyes judíos pregonaban el ecumenismo, la tolerancia religiosa, que el pueblo eligiera escoger sus propios dioses. Aquí hay un problema difícil de resolver, puesto que Jesús no pregonó jamás la imposición de leyes religiosas, al contrario. Pero una cosa es el pueblo escoger este o aquel otro dios, otra bien diferente

es el Estado en cuanto institución imponérselo. El resultado fue la desgracia y llanto, la dominación y esclavitud por largos años. Es obvio que para la visión secular, el imperio judío fue tan solo uno más que nació, se desarrolló y se derrumbó. Pero no se puede dejar de admirar tal pueblo, o al menos una parte diminuta de él, la que de hecho cree en Dios.

Un sociólogo o historiador quizá solo vea en Celestina una especie de víctima social, una mujer que no tuvo la educación para salir de la situación de miseria en la que se encontraba. Pero muchísimas frases de Celestina están impregnadas con un profundo conocimiento de la vida y naturaleza humanas. Celestina no es como los tontos Sosia y Tristán, los ingenuos Calisto y Melibea, no, en ella no hay espacio para sentimentalismos fugaces, razona, planea, plantea con la maestría de alguien que supo dominar a los demás. A diferencia de las jóvenes prostitutas, Elicia y Areúsa, quienes aunque posean errores como todo humano, actúan con franqueza y son llevadas por sus emociones. Son fuertes, saben manipular, pero en momento ninguno se las ven como absolutamente entregues al mal. Celestina parece no creer más que su alma tenga salvación, ya está desilusionada, encarcelada, pero, a diferencia del autor del libro de Reyes, que reconoce sus errores y acepta el castigo que se le vino, Celestina no se arrepiente.

Pero vive en una torpeza, en una pobreza que llega a dar pena. Todo hizo, engaño, mintió y ni siquiera vivir bien logró. Todo lo que sus deseos recuerdan son los momentos de su mocedad en que podía entregarse a las orgías y placeres, pero más allá de eso no hay nada más. Como sabe que no hay retorno, su tarea, además de lograr el pan, es que la gente caya en maldición o blasfemia, es lo que ocurre, por ejemplo, a Melibea, que, su discurso de despedida de la vida, suena de una impiedad que trasciende la mentalidad de una joven hasta entonces casta en el actuar.

4 Conclusión: los padres

Los grandes perdedores ahí son los padres. Pese a darle buena educación a su hija, esta probó poseer una capacidad de engaño y perfidia que solo el pecado y la locura de la pasión puede dársela a una joven inmadura como era ella. No hay nada en la pieza que reproche a los padres, ambos caritativos, amigos, buenas personas y que intentaron hacer lo mejor para su hija, quien, desobediente, se puso a maniobrar a las escondidas contra el amor de sus padres. El grito final de Melibea parece echar la culpa de sus infortunios a Dios y a los padres de ella. Es la sociedad que le impidió amar, es la conducta machista de sus padres que no le permitieron vivir un ensueño. ¿Pero que fuerza extraña le impidió de hablar con sus padres respecto a eso? Sus padres no fueron consultados y sí tras eso se mantuviesen reacios en condescender con el amor de los dos jóvenes, entonces ahí sí habría motivos para enojo. Sin embargo, el interesante es la emoción de experimentar, aunque eso lleve a la destrucción cierta.

Desgraciadamente, los padres de hoy, pese al esfuerzo de muchísimos en ayudar verdaderamente a sus hijos a arrancar hacia lo bueno, se deparan con un mundo donde hay miles de celestinas y millones de Calistos y Melibeas. ¿Cómo explicar que por la internet alguien crie un programa o un sitio en lo cual haya mensajes de incentivo al suicidio, y que muchísimos jóvenes se dejen llevar por ello? A veces, bajo la apariencia

de una buena educación o de paz en el hogar, se esconde la falta de diálogo y orden, por lo que los hijos, confinados en sus habitaciones, irritados con el simple oír la voz de sus padres, se dejen dominar por voces que vienen de la internet, las voces de las celestinas modernas.

¿Y cómo vencer eso? Cómo dice claro los evangelios, la salvación es individual, por lo mismo, si uno es aconsejado, si le dan buenos ejemplos, si intentan llevarlo al camino de la paz y tranquilidad, y no se logra, ¿qué hacer sino dejar que sus deseos se cumplan?

Referencias

CHABÁS, Juan. *Historia de la literatura española*. Barcelona: Editorial Joaquín Gil, 1936.

DÍAZ-PLAJA, Guillermo. *Historia de la literatura española*. Buenos Aires: Editorial Ciordia, 1965.

DIVENOSA, Marisa. *Huellas del relativismo de Protágoras en el escepticismo antiguo*. Revista *Dissertatio*, Buenos Aires, 2012. Disponible en:
file:///C:/Users/DESKTOP/Downloads/8658-28547-1-PB.pdf Acceso en 19.03.2021.

ROJAS, Fernando de. *La Celestina*. Madrid: Ed. Edelsa, 2007.

LAPESA, Rafael. *Historia de la lengua española*. Madrid: Editorial Gredos, 1980.

MENÉNDEZ PELAYO, M. *La Celestina*. Madrid: Ed. Espasa-Calpe, 1958.

PRESCOTT, William H. *Historia de la conquista del Perú*. Tomo I, Lima: Ed. Peisa, 1980.

SILIO, Vicente. *Nuevo manual de la historia de España*. Madrid: Editorial EISA, 1969.